

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES. 4 RS.
 POR TRES MESES. . . 10
 POR UN AÑO. 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA.

POR TRES MESES. . . 12 RS
 POR SEIS MESES. . . 24
 POR UN AÑO. 50

RECREOS DE INVIERNO (1).

UN VIAGE Á LA COSTA DEL MEDITERRÁNEO.

DE SEVILLA A CADIZ.

Cádiz.—Catedral.—Paseos etc.—Muralla de mar —La Carraca.—Urca Marigalante.—Puerto de Santa María.—San Fernando.—Puerto Real.

Para dar una idea exacta de Cádiz, necesitaba escribir algunas más páginas, y esto ya lo ha hecho mejor que yo, el delicado escritor mi amigo D. F. de P. Madrazo en sus *Recuerdos de viages*. A pesar de hallarse Cádiz en un periodo de decadencia, está muy lejos de olvidar ese mejoramiento general que se nota en todas las poblaciones de España. Su hermosa catedral de mármoles, sus lindas plazas y paseos, su mágico casino, sus buenos teatros, sus limpias calles, y su alumbrado de gas, colocan á esta población en la primera línea de los pueblos cultos.

La catedral, sin ser una obra sorprendente, es un magnífico y lujoso templo de elegante interior. Situado en la misma muralla del mar, descuella con gallardía aquella mole de piedra y mármoles blancos, sirviendo al navegante como de religiosa atalaya de aquel seguro puerto, como recuerdo de que bajo aquella blanca bóveda se halla la imagen del que infunde la esperanza en el marino, ó del que acoge bondadoso al naufrago.

La muy célebre plaza de San Antonio, hoy de la Constitución, y la moderna del general Mina, bastarian para acreditar el buen gusto de los gaditanos; aquella con pavimento de mármol, rodeada de asientos de piedra con barandilla de hierro y una hilera de corpulentos chopos: la de nuestro héroe contemporáneo, tiene tambien hermoso y cómodo pavimento, lindos asientos cubriéndolos un espeso emparrado con tres calles de naranjos y otros árboles, formando en medio un círculo de enhiestados álamos blancos.

A una y otra plaza la rodean hermosos edificios; desde una y otra se ve el mar y ambas sirven de centro de reunion y de paseo á las graciosas gaditanas: la de San Antonio en invierno de una á tres; la de Mina en verano, amenizando estos sitios una banda de música.

El paseo de la Alameda en la misma muralla del mar, con sus lindas cercas de arbustos y flores, sus cómodos asientos, sus estatuas y fuentes es uno de los miradores más deliciosos que puede presentar un puerto marítimo, además de ser un bellissimo paseo: plantas tropicales crecen allí sin tierra apenas, y regadas de continuo por el agua salobre del mar tan mortífera para las flores.

El mercado nuevo en la plaza de la Libertad, digno competidor del grandísimo de Sevilla, y de los mejores de Madrid, con sus columnas, su limpieza y su buen orden, merece ser examinado, lo mismo que el castillo de San Sebastian, y el vistosísimo paseo de la formidable Puerta de Tierra.

La muralla de Cádiz, tan celebrada en canciones, no tiene igual en España, no podrá comparársele el trozo de Barcelona desde Atarazanas á la puerta del muelle, pero no la escede. En una hora se pasea toda ella, que circunvala á Cádiz. Allí se ven rimeros de morteros, obuses, cañones de todos calibres, y apiñados montones de bombas, granadas y balas, asombrando su multitud tanto como su inmenso valor.

La ciudad mercante empieza ahora á ser industrial, habiéndose establecido una grandiosa fábrica de hilo y tejidos de algodón, digna de ser visitada. Su máquina de vapor tiene la fuerza de más de treinta caballos, y se emplean en las labores del establecimiento sobre 300 personas, niños y mugeres en su mayor parte.

El arsenal de la Carraca, es una parte integrante de Cádiz y un sitio célebre por sus recuerdos históricos y por sus obras marítimas. Cualquiera de los vapores que salen continuamente para San Fernando le conduce á uno en menos de media hora.

El 11 del actual á las nueve y media de la mañana, sali de Cádiz en el vapor Infanta. Un sol de Otoño, un mar tranquilo, y sobre treinta pasajeros, entre los que habia un gaditano con su guitarra á cuyo son cantaba alegres canciones del país, hizo amenísimo tan corto viage, que haciendo escala en Puerto Real nos condujo á la Carraca en una media hora.

Aquella población casi al nivel del mar me impuso: es una isla llana, arenosa, y en la cual ha hecho la industria y la ciencia un tesoro de riqueza.

Acompañado del bondadoso secretario del gefe del arsenal, señor Cruz, ausente éste á la sazón, gocé admirando lo mucho que de admirar hay en la Carraca. Aquellos pabellones tan simétricamente construidos for-

mando un pueblo, aquellos inmensos talleres y almacenes ruinosos unos, y reedificados otros, y aquel martilleo y ruido por todas partes que dá animación y nuevo ser á aquella isla, me hacian experimentar gratas emociones.

La sala de armas, es una verdadera armería: allí se ven los fusiles formando columnas cuya base la constituyen las pistolas: allí se ven cubiertas las paredes con vistosas combinaciones de armas, y no se ve por todas partes sino fusiles, carabinas, pistolas, sables, chuzos de abordage, machetes, hachas, todo en gran cantidad.

El gabinete de brújulas es digno del arsenal. En los talleres se ven los trabajos de herrería, carpintería, hacer los platos, cucharas para la marinería, jarcias, palos, y á la par de grandes construcciones multitud de menudencias.

En los diques, que son excelentes, vi puesta la quilla del grandioso navio Isabel II, que montará 80 cañones; el vapor Hernan Cortés, de 350 caballos, enramado y embragado; y el bergantin Galiano próximo á su conclusion. Habia además en composicion el bergantin Patriota; fuera del dique el vapor de hierro Leon, y la fragata Cristina; y útiles los vapores Castilla y Santa Isabel; todos de guerra.

Examinado esto, andando por aquellos montones de maderas, entramos en un bote que nos esperaba para ir á bordo de la Urca Marigalante, de 20 cañones, á la que subimos por una escalera perpendicular de 26 peldaños. El capitán Dobbson y sus oficiales con esa galantería peculiar de los marineros, nos enseñaron el buque, y nos hicieron pasar luego á la cámara del capitán, que parecia más el elegante tocador de una hermosa, que la morada de un intrépido marino, en la cual esperaba un fino alarde de la generosidad del gefe de la urca.

En aquella cámara revestida de raso azul con las maderas de blanco y oro, y muelles asientos á la vista del mar, se pronunciaron afectuosos brindis entre espesas humaredas de ricos habanos, y examinando el dibujo de la última tormenta que sufrió la Urca, regresando de Italia con nuestras tropas: parecia que nos identificábamos cariñosamente con aquel leño que supo contarrestar sus indomables enemigos y salvar las preciosas vidas confiadas á su cuidado. ¡Qué extraño que el marinero ame á su buquel! ¡qué se conmueva al referir los *herdicos esfuerzos* que ellos dicen, hacen los barcos por obedecer las órdenes de su gefe y señor! Pero no es mi ánimo estenderme en estas observaciones; el amable secretario del señor Cruz, el jóven y entendido director y redactor del *Comercio*, que me acompañó al arsenal, el franco y galante capitán de la Urca y los decorosos oficiales y guardias marineros que la tripulaban, hubiéramos prolongado por ilimitado tiempo aquellos felices momentos á no acercarse el vapor en el que teniamos que regresar á Cádiz. Un bote con doce remeros y alfombrado con un paño nos condujo de la Urca al vapor, llevando yo conmigo el imperecedero recuerdo de aquella expedicion, y la invariable amistad de quienes en ella me habian acompañado tan obsequiosos.

que es verjel de flores y naranjos, etc., el no menos lindo de la Alameda, y cuanto el puerto encierra es digno de verse. Allí hay tambien bodegas como las de Jerez. Una, entre otras que visité, la de los señores Uruelas, tiene de 30 á 40,000 arrobas de cabida, y un inmenso taller de botas, en las que conducen á toda Europa sus incomparables vinos, de los cuales gusté uno destinado á una muy elevada persona de la corte.

Inmediato al puerto desagua en el mar el Guadalete, de fatal recuerdo para España, y se cruza el rio por un elegantísimo puente colgante, que á pesar de su estension tiene un solo ojo.

San Fernando, sin ofrecer el encantador aspecto del Puerto, es notable por las salinas, por el célebre puente de Suazo, por el Observatorio y el Colegio naval cosas dignas de verse y en cuyos puntos se invierten agradables é instructivas horas, merced á la amabilidad de sus directores.

La vuelta de San Fernando por tierra es de lo más placentero; porque se goza montando en una calea que casi volando le conduce á uno por un camino en medio del mar, cuyas olas dejan su espuma á los pies del caballo. En poco más de una hora se corren estas dos leguas y se entra en Cádiz por la inexpugnable Puerta de Tierra, despues de haber pasado por la Cortadura, y por el barrio y paseo de Tierra, lleno de ventorillos constantemente animados y concurridos, en los cuales se comen delicados mariscos.

Puerto Real es tambien notable, como lo son casi todos los pueblos de Andalucía, y ostenta como glorioso trofeo de nuestra independencia, las ruinas que causaron los franceses.

Teatros de Cádiz.—Baile en el Casino.—Adios á Cádiz.

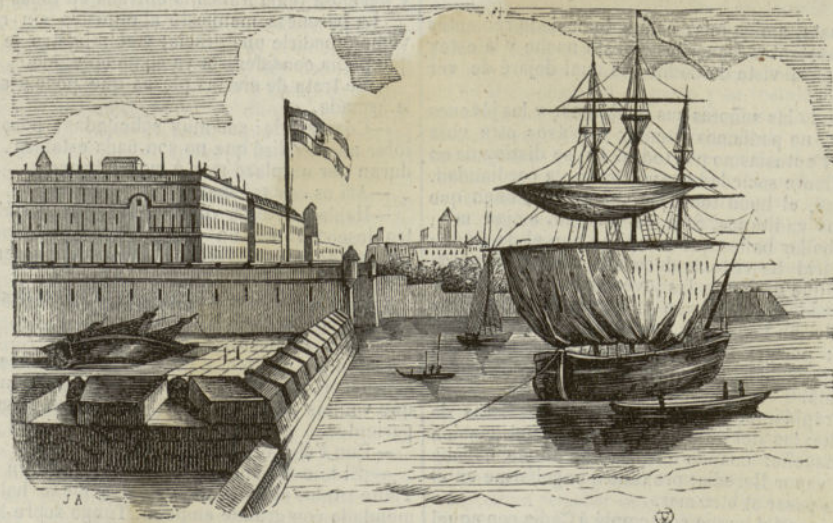
Señorita doña C... P...

Sin ser apasionada por el teatro, ni aficionada á los bailes, á pesar de sus pocos años, le pertenece á vd., mi mejor amiga, esta carta:

Además del Balón y el Circo, tiene Cádiz el teatro principal, espacioso, cómodo, y que solo le faltan algunas reformas para ser un gran teatro (1), y digno de la mejor corte. Abiertos por lo general todo el año los tres coliseos, son el testimonio más evidente de la cultura de la población, como lo son los cuatro periódicos políticos que sostiene, sin contar los de otras materias.

Los casinos fuera de Madrid son el principal albergue de los forasteros, y el centro de la buena sociedad de un pueblo; parecen los asilos hospitalarios de la antigüedad donde se acogia al viajero y se le trataba como á persona de la misma familia. El casino gaditano, donde todo forastero decente es admitido con distincion, no se parece á ningun otro casino de España, bien es que en ninguno se han gastado cerca de 30,000 pesos.

Retratado en él el buen gusto de los gaditanos, es su orgullo y el asombro de los viajeros. No puede concebirse un establecimiento de esta clase con mas lujo, con mas elegancia, con mas coquetería. Desde el zaguan hasta las últimas piezas es todo notable. Las veinte y tantas mesas de tresillo, las en que se juega al



Vista de Cádiz.

El puerto de Santa María debe verse en el verano, no en este mes. Sin embargo, la población es linda en todo tiempo. Cuenta 17,000 almas y en nada se parece á los demás pueblos de España; su magnífica situación, su hermoso aspecto, su grandiosa Calle Larga, la belleza de todas las casas, el lindísimo paseo de la Victoria

fatal burro, las tres de billar y el gabinete de lectura, tan completo como lo exige un pueblo mas que europeo, atraen al casino á toda la buena sociedad varonil de Cádiz y á los forasteros, con grave disgusto de las

(1) Véanse los números 97, 100, 105 108, y 109.

gaditanas que, con todos sus incomparables atractivos, no pueden desprender al mismo hombre que las ama de dedicar bastantes horas á sus amigos, con los que juega, fuma y charla.

Pero son galantes los gaditanos y esas horas que roban á la amable sociedad de sus paisanas las indemnizan con dos ó tres bailes al año, en que ponen á discreccion del bello sexo aquel local, que en todo lo demas del año les está vedado.

El 22 de diciembre era el día destinado para el baile deseado por las gaditanas: yo tambien lo deseaba; al día siguiente debía partir, y habia estado esperando aquella ocasion de ver á las gaditanas en el elemento de las mugeres.

O fuera mi impaciencia, ó realidad, me parecia notar en Cádiz en la mañana de aquel día ese movimiento que precede á la celebracion de una fiesta en que todos toman parte. Las tiendas de modistas creia verlas mas concurridas: por las calles andaban las señoras acompañadas solo de un criado, muy de prisa y muy tapadas, como quien va á objeto determinado: en todas las zapaterías creia no ver mas que zapatos de raso blanco; y en fin, en todas partes notaba los preludios del baile; pues en las casas donde habia jóvenes todo era animacion, deseos y esperanzas. Solo los teatros descansaban aquel día.

A las diez de la noche ya estaba recibiendo el Casino á los invitados. Al penetrar por el zaguan con sus puertas de cristal y caoba, me encontré en un patio que crei era una de esas encantadoras moradas que Hoffman nos refiere en sus cuentos. Es un patio cubierto de cristales, con pavimento y columnas de mármol, estatuas académicas, vestidas las paredes con papel de la China, cuyas figuras, aves y flores pintadas con esos inimitables colores chinos, hacian resaltar los faroles de igual procedencia, y lámparas de cristal mate, que encerrando focos de gas distribuian la luz con esa dulce suavidad con que la llama envia sus rayos. En los ángulos y en las entrepuertas, elegantes mesas con bujías y ramilletes que lo aromaban todo.

Una escalera de mármol alfombrada conducia á la galeria que daba á este patio tan oriental y á los salones. Antes, en el primer piso, están las salas de tresillo, que por esta noche estaban sin mesas de juego, y lujosamente adornadas, para descanso, sirviendo tambien de paso para el ambigü. En la galeria, pintada de un verde claro con cuadros al óleo de paisajes y escenas andaluzas, habia una escogida orquesta, de la que se participaba en el patio y los salones.

Estos eran tres: el de en medio forrado de papel aterciopelado y oro, tenia banquetas de seda rosa y blanco; multitud de lámparas de gas, bujías y ramos de flores: la sedería del de la derecha azul y blanca, y morada la del de la izquierda, con las mismas luces y las propias flores que pudieran tenerse en mayo. Las colgaduras, los espejos y alfombras, era todo rico, lujoso, elegante.

De la concurrencia ¿qué diré? ¿Cómo describir aquellas hermosuras gaditanas, ataviadas con tanta sencillez como elegancia, y sin llevar las jóvenes, por lo general mas adorno que algunas flores naturales menos hermosas que ellas, y colocadas no sé si por la naturaleza ó por el arte, pero si como se las colocan las andaluzas? ¿Cómo pintar aquella gracia natural, aquel donaire, aquella franca y delicada galanteria de las gaditanas? ¿Cómo retratar su hermosura? Solo diré con el Tasso:

Dolce color di rose in quel vel volto
Fra l'avorio si sparge é si confonde:
Ma nella bocca, ond'esce aura amorosa,
Sola rosseggia e semplice la rosa.
Mostra il bel petto le sue nevi ignude,
Ondè il foco d'Amor si nutre e desta....

Pero basta, amiga mia, están demasiado recientes en mí los constantes recuerdos de esta noche y la estoy escribiendo á la vista de Cádiz á la cual dejaré de ver pronto.

Ostentando las señoras sus brillantes, y las jóvenes sus gracias, no podiamos ostentar nosotros otra cosa que cariño y entusiasmo por todas. Asi se distinguia en aquella brillante sociedad la animacion, la cordialidad, la franqueza, el buen tono que de nadie tienen que aprender los gaditanos. Solo en Madrid, amiga mia, se pueden hallar bailes que compitan con el de Cádiz: solo en Madrid he visto la decorosa y nunca abusada libertad de que disfrutan las jóvenes en estas reuniones, paseando del brazo con su pareja y sentándose sola á su lado: en los bailes, las jóvenes pertenecen á los jóvenes; porque nada mas ridiculo que estar una muchacha aprisionada toda una noche al lado de la respetable mamá.

Grata y rápidamente volaron para mí las horas de aquella noche: las del nuevo día fueron la continuacion de aquel ensueño; cuando desperté de él me hallaba á bordo del vapor Heredia; próximo á engolfarme en el Océano para pasar al otro mar.

En el alcázar del buque contemplé á Cádiz con aquel enternecimiento con que se contempla un objeto querido del cual nos separamos: nobles amigos, cariñosas amistades, inolvidables recuerdos, una ciudad querida, todo conducia á Cádiz mi cabeza y mi corazón. Aun suenan en mis oídos palabras que, ó quisiera olvidar ó no haberlas escuchado; aun me turba el recuerdo de miradas que por ser tan candorosas provocaban, aun aspiro los aromas de alguna flor, cuya hermosura me representa la de su dueña... aun veo á Cádiz. En breve

solo conservaré de ella el recuerdo y la esperanza de volverla á visitar.

Y asi es, amiga mia, la chimenea ya está arrojando negras nubes de humo; empiezan á levar anclas, y el monótono clamor de los marineros y el movimiento del buque, me impiden continuar. El mar, ademas empieza á alterarse un poco, llueve y se presenta mala noche.

Esto, no obstante, estamos ya navegando para el Estrecho, á fin de llegar mañana temprano á Málaga.

A bordo del Heredia, diciembre 24 de 1850.

A. PIRALA.

ODIO DE AMOR.

NOVELA.

(Continuacion.)

CAPITULO VI.

COMO SE DAN Y SE QUITAN LOS EMPLEOS.—UN SILBIDO CARO.

Quando Felix participó este hermoso proyecto á Rosales, el capitán de cazadores se alzó de hombros y le dijo:

—¿Qué diablos vas á buscar en aquel país satánico, donde las mugeres son negras como la tinta y los hombres pérfidos como los naipes?

—Voy á buscar fortuna; me han asegurado que alli es fácil conseguirlo, repuso el joven, ocultando á su amigo el verdadero motivo de su determinacion.

—No hay necesidad de salir de Madrid para eso. Tú eres joven, tienes buena figura y no careces de talento; procura introducirte en palacio, y habrás alcanzado lo que anhelas, sin esponerte al peligro de atravesar los mares, ó al de morir del vómito negro ó de la fiebre amarilla en aquellos apartados climas.

—Puen bien, ya que te empeñas en saberlo,—replicó Felix, deseando cortar el debate;—te diré en confianza que me fastidio aqui mortalmente y quiero hacerme matar.

—¡Insigne necedad! exclamó don Martin; lo mismo puedes encontrar la muerte aqui que en América; la Europa toda es un volcan, y donde quiera que vayas oiras silbar las balas. Ponte al alcance de ellas, y ya verás si.....

—Veo que tienes hoy el humor muy alegre, contestó Felix interrumpiéndole, y como no estoy para bromas me permitirás que me retire.

Una hora despues de esta conversacion, la señora de Llanes estaba enterada del proyecto de Felix.

—¿Está loco? preguntó al capitán.

—Es de presumir; y si no supiera que la señorita Julia está dispuesta á serle benévola en cuanto exija de su amabilidad, creeria que le ha trastornado la cabeza.

—¿Decis qué vá á América?

—Si, á las Antillas ó á Costa-Firme.

—¡Lindas tierras!

—Los que no mueren á manos de los indígenas, succumben á la fiebre amarilla, á las mordeduras de las serpientes, ó al veneno preparado por los negros.

Bastóle esto á Cármen para formar su juicio acerca de lo que debia hacer; despidió al capitán con un pretexto cualquiera, mandó enganchar el coche y se dirigió al ministerio de Marina.

Entonces y ahora, caros lectores, una muger joven y hermosa tenia franca la entrada en todas partes.

La baronesa manifestó al ministro sin rodeos que venia á pedirle una gracia; y el ministro le respondió que podia considerarla ya como obtenida.

—Se trata de ciertas plazas que podeis conferir en la armada.

—Comprendo: son muy solicitadas; pero aqui para inter nos, os diré que no son nada estables, y que solo duran por un plazo mas ó menos breve.

—Asi os costará menos complacerme.

—Hablad, estoy á vuestras órdenes. ¿Cuál es vuestro deseo? Teneis un protegido á quien favorecer, un importuno que alejar, un amigo por quien interceder?...

—Menos que eso: un pariente á quien destituir.

—Nada mas fácil.

—Asi... ¿consentis?

—Con mil amores, y en verdad que no me lo debeis agradecer. ¡Me regalais una plaza cuando me imaginé que veniais á pedirme una! ¿Cómo se llama vuestro pariente?

—Don Felix Granada.

—¡El hijo de don Juan Granada, capitán de navio! Tiene títulos al aprecio de S. M., y me le habian recomendado con grande empeño. Tengo sobre la mesa su nombramiento para firmarlo.

—Me apodero de él y lo rompo.

—Indudablemente no merecia las bondades de su magestad, cuando se ha atrevido á desagradaros.

—Exijo ademas otro obsequio de vos.

—Mandad.

—Vuestra formal promesa de negarle cuanto os pida, si os viniere con alguna nueva importunidad.

—Señora, solo exigis de mí cosas muy fáciles y ha-

cederas, cuando tendriais derecho de pedirme algo que rayase en lo imposible.

—Y en cambio de estos favores, ¿qué exigis de mí? dijo Cármen al ministro al despedirse de él.

—Nada mas que vuestro reconocimiento.

—¡La mas pródiga de las virtudes! Bien comprendéis señor ministro que no soy bastante rica para pagar el interés de esa deuda.

Algunos días despues, Granada acudió al ministerio en demanda de su nombramiento, y le dijeron que S. M. habia nombrado á otro en su lugar. Indignado, quiso saber qué influencia habia podido arrancarle un destino que tenia derecho á mirar como otorgado, habiéndole empeñado el ministro su palabra, y no tardó en averiguar que su prima era la causa única de su desgracia.

—Si hubiese podido conservar alguna ilusion, le dijo él á su primer encuentro, se habria desvanecido en vista de tu perfidia.

—Ten cuidado, respondió ella, que no lleve mas adelante mi justo enojo.

Felix atónito la siguió con los ojos en tanto que se alejaba, sin comprender el sentido de sus palabras.

Obligado á renunciar á su proyecto trasatlántico, Granada procuró alejar de sí el recuerdo que sobrevivia á todas las angustias de su corazón. Una actriz, la señorita Julia de... (cualquier cosa, su apellido nada nos importa) la misma de que habló don Martin á la baronesa, se prestó con la mayor gracia del mundo á ayudarle en esta difícil empresa.

Era Julia una excelente chica, siempre contenta y alegre, pródiga de todo, hasta de su corazón, la cual viendo al gallardo joven siempre triste y melancólico, se imaginó que una amante que reuniese sus dotes, seria el mejor remedio para curarle de su misantropia.

Enamoróse de él contra su costumbre; pero quiso la fatalidad que cuando mas empeño ponía en curarle radicalmente de sus pesares, cierto duque, á quien llamaremos don Jorge de Vildósola, tuvo el capricho de enamorarse de ella perdidamente. Julia era honrada á su manera; habia tenido varios amantes; pero jamás engaño á ninguno. Como no ocultaba á nadie sus relaciones, no necesitaba valerse de subterfugios para aceptar ó rechazar los obsequios que la dirigian. Asi fué, que no bien se le declaró el duque, sin dejarle pasar adelante, le dijo:

—Sois, duque, un caballero como pocos, y cualquier muger se considerará feliz de poseer vuestro cariño; pero yo amo á otro y no puedo ni quiero engañarle. Seamos buenos amigos como hasta aqui, y no hablemos mas de eso.

—Amigos, ¡bah! Aspiró á otro título mas dulce. No he visto nunca ojos tan hermosos como los tuyos, y me han vuelto loco. Mira, daría con gusto todos los diamantes de mi abuela, á trueque de que me mirasen con ternura cinco minutos.

—Todos los diamantes del mundo no me harian faltar á mis compromisos, y prefiero una caricia de don Felix á los tesoros del Perú.

—Me harás morir de desesperacion.

—Lo siento mucho; pero no puedo llorar.

—¿De manera que no hay esperanza?...

—Aguardad, si queréis; yo no sé lo que pensaré mañana. Don Felix sigue tibio é indiferente conmigo.

El duque esperó; pero viendo al cabo de dos meses que nunca llegaba el suspirado plazo, volvió á importunar á la actriz con sus exigencias.

Julia, al oírle, prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—¿Todavía pensais en eso? le dijo.

—Ahorá mas que nunca.

—¡Vuestra constancia es admirable!

—Riete de ella, tú que continuas locamente enamorada de don Felix.

—Yo soy la primera que se admira de semejante fenómeno. Verdaderamente es un milagro.

—No creo en los milagros.

—Sin embargo, fuerza será convertiros.

—No pido otra cosa, si tú quieres ser mi redentora.

—Señor duque, soy aun demasiado novicia para encargarme de la salud de dos almas á la vez.

—Asi, rehusas terminantemente, concederme la parte de paraíso que me corresponde en pago de mi fé y perseverancia?

—Dirigios á mis compañeras; hay entre ellas ángeles llenos de caridad y misericordia.

—¡Y bien, yo te demostraré, voto á bríos, que no hay santa que no peque tres veces al día!

—Y yo os enseñaré que no existe diablo alguno al que no se pueda conjurar.

El avisador del teatro vino á prevenir á Julia que iba á empezar la comedia, y la linda actriz, haciendo una graciosa reverencia al duque, le dejó solo en su cuarto, combinando los medios de rendirla.

Desde aquella noche el combate fué tenaz y encarnizado: los ataques eran vivos y la defensa heroica. Vildósola, herido en su amor propio, la enviaba diariamente los mas tiernos billetes, las frutas mas esquisitas de la estacion, y los regalos mas ricos y tentadores. Julia leia las cartas, se engullia las frutas y devolvía los regalos. Todas las mafias y concurrentes íntimos al teatro, asistian al torneo, y unos apostaban por el duque y otros por la actriz. Don Felix Granada era acaso el único que veia con la mas completa indiferencia aquella singular y porfiada lucha.

La vispera de un domingo en que debia representarse una comedia nueva en el teatro de la Cruz, el capitán de cazadores convidó á comer, para celebrar su nata-

licio, á varios amigos, entre los que ocupaban el primer lugar Felix y el duque. También habian sido invitadas Julia y algunas otras jóvenes recomendables por su belleza y amabilidad.

Dejamos á la penetracion de nuestros lectores adivinar qué clase de festin seria este; desde el primer servicio las bromas y chistes de grueso calibre se sucedian sin interrupcion. Baste decir, que habiendo el mozo de la fonda cometido la inadvertencia de poner botellas de agua en la mesa, Vildósola las arrojó por el balcon, y propuso hacer lo mismo con el pobre diablo para enseñarle á no ser tan estúpido en adelante.

Intervino Rosales, diciéndole:
—Perdonémosle por ser la primera; á la segunda recibirá un manteo.
—Que se emborrache bebiendo dos vasos de vino á cada plato que nos traiga, replicó el duque, ó le rompo esta silla en la cabeza.

El mozo protestó que tendria gran placer en obedecer á S. E., pero al cuarto ó quinto plato rodó por la escalera con las fuentes que llevaba.

A los postres todos se encontraban mas ó menos en el mismo estado que el mozo; y Vildósola, que se hallaba sentado junto á Julia, la apostrofaba en estos términos:

—Siempre ingrata conmigo, siempre inexorable.
—Se conoce que el Jerez se os ha subido á la cabeza, replicaba la actriz, llenándose la copa.
—¿Sabes que ya me voy cansando del triste papel que estoy haciendo? Tu desprecio me asesina.
—Con paciencia se gana el cielo, duque.
—¿Y no sabes que puedo vengarme de tu incalificable desden?

—¿Vengaros? Y como.
—¡Voto al diablo! dándote una silba espantosa mañana en la comedia nueva que se va á representar.
—¡Seria una infamia!... exclamó Julia apoyándose en el brazo de Felix.

Este se volvió rápidamente, y preguntó al duque:

—¿Qué habeis dicho, caballero?
—He dicho y repito que mañana silbaré á Julia, en castigo de su indiferencia y por haberse estado burlando de mí por espacio de tres meses.

—Y yo os meteré los silbidos en la garganta con la punta de mi espada, contestó el joven con la calma del desprecio.

El duque tendió la mano á su rival.

—¡Mañana lo veremos en la Cruz!
Julia se arrojó al cuello de Felix creyendo que la amaba.

Al otro dia Vildósola sintió mucho aquella desavenencia; jamás, en su completa razon, se habria desmandado hasta espresarse de aquel modo: estimaba á Felix, y la provocacion por su parte no podia ser mas ridicula; pero habia sido pública, y creyó empeñado su honor en llevar á cabo su loca amenaza.

—Has sido un aturdido, le dijo el capitán de cazadores, deseando ver si buenamente podia desbaratar el duelo que iba á originarse á consecuencia de aquella necesidad.

—Es cierto, contestó él; ¿pero qué harías tú en mi lugar?

—Hombre... no lo sé.
—Te batirías para que no se atribuyese á cobardía tu retractacion.

Don Martin convino en que el duque tenia razon y desistió del proyecto de hacerle renunciar á su ruín idea.

Pronto llegó á oídos de Carmen el rumor de esta aventura; y su despecho no tuvo limites al saber que Felix iba á desenvainar su espada en pró de una comedia. Mostróse aquel dia afable y risueño como nunca con el feliz cazador, y le prodigó sus mas dulces miradas á fin de saber por su boca todos los pormenores del lance; y al dar las ocho, riendo siempre de la locura de su primo, le rogó que la acompañara al teatro, pues deseaba ver en qué terminaba *aquel paso de comedia*, según se espresaba ella.

Cuando llegaron, el duque estaba entre bastidores y Felix se paseaba en los corredores aguardándole. Rosales dejó á la baronesa en el palco y voló al encuentro de su amigo.

—Si tienes en tu bolsillo algunas onzas que no te hagan falta, le dijo radiante el rostro de alegría, préstame, porque me encuentro *tronado* y preveo que muy pronto necesitaré algun dinero.

Granado, no sabiendo á que atribuir su inesperada alegría, se sonrió con malicia: el capitán prosiguió, bajando la voz:

—Te explicaré este misterio: la chica está perdida por mí; estoy seguro que esta noche me dá el suspirado *si* y que dentro de una semana se verifica nuestra boda. Necesito, pues, algunos maravedises, y como tú no te encuentras en ese caso, y vas á batirte, y sabe Dios lo que resultará del duelo, hazme el obsequio de facilitarme el dinero que llevas para los efectos consiguientes.

El diálogo se hubiera prolongado indefinidamente á no haber aparecido el duque en el extremo opuesto del corredor: Felix arrojó su bolsillo al capitán, y salió al encuentro de su rival.

—Va á empezar la comedia, le dijo; os dignareis prevenirme donde os sentareis?

—Donde gusteis.

—Entonces hacedme el obsequio de aceptar esta butaca. Así estaremos juntos.

El duque la tomó, é inclinándose dióle las gracias, empujó la mampara y entró en la platea.

Felix imitó su ejemplo.

Cuando los jóvenes entraron, todos los ojos y gemelos se fijaron en ellos. La historia del desafío habia circulado, y se veian inclinarse fuera de los palcos las cabezas de las mugeres mas lindas de la corte.

Alzaron el telon, y sucedióse un profundo silencio al animado murmullo que reinaba momentos antes. El público dejó pasar las primeras escenas sin que ningun signo exterior revelase su aprobacion ó desaprobacion. Por fin, apareció Julia y se adelantó al proscenio hondamente conmovida: un lijero temblor nervioso hacia vacilar unos papeles que traia en la mano. Todas las miradas se dirigieron hácia el duque. Entonces este sacó del bolsillo un pequeño silvato de oro, le acercó á sus labios y un sonido agudo y penetrante repetido por otros muchos, resonó en el teatro.

Levantóse Felix gravemente, deluvo el brazo á Vildósola, y con la otra mano tocó la empuñadura de su espada. El duque inclinó la cabeza, guardó el instrumento en el bolsillo y los dos volvieron á sentarse.

Este incidente pasó con tanta rapidez, que los que no estaban en el secreto, nada comprendieron respecto de la pantomima de los jóvenes hidalgos; pero Carmen, que no habia perdido uno solo de sus movimientos, aun cuando no hubiese estado prevenida por las revelaciones del torpe cazador, habria adivinado y adivinó en efecto la significacion del ademan de Felix, y el mudo gesto del duque. Acababan de desafiarse á muerte, y el desafío debia de realizarse dentro de breves instantes.

(Se continuará.)

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

JUNTAS REVOLUCIONARIAS DE AMÉRICA.

(Continuacion.)

Siguiendo el consejo de Cisneros, algunos miembros del cabildo propusieron que se volviese á consultar otra vez á los gefes de los cuerpos para ver si despues de lo dispuesto, se hallaban con ánimo y potestad de prestarle su auxilio, á fin de llevar á efecto las resoluciones tomadas en tan apremiadas como extraordinarias circunstancias, y ¡cosa estraña! esos mismos hombres que el dia anterior habian demostrado que era físicamente imposible mantener al virey en el poder contra la voluntad del pueblo «contestaron unánimemente que estaban aparejados y dispuestos á sostener la autoridad que por voto de él habia reasumido el cabildo.»

Pero cuando supieron quienes debian formar la junta provisoria, despues de algunas discusiones promovidas sobre la materia, y especialmente por el comandante don Pedro Andrés Garcia, sobre que si el cabildo volvia á reasumir el mando, deberia tener voto decisivo el caballero sindico; y por don Cornelio de Saavedra, sobre que debia reformarse la eleccion de vocal hecha en su persona y recaer en Leiva, porque no queria ser censurado en lomas mínimo; contestes espusieron que aquel arbitrio era desde luego el único que podia adoptarse en las actuales circunstancias, como el mas propio á conciliar los extremos que debian constituir su seguridad y defensa; que no dudaban seria de la aceptacion del pueblo, ofreciendo contribuir por su parte á que quedase plantificado, y se retiraron reiterando las mismas ofertas.

En vista de ellas, acordaron los cabildantes se procediese en el dia á la instalacion de la junta, y que al efecto se citasen inmediatamente los vocales electos para que á las tres de la tarde compareciesen irremisiblemente en la sala capitular; que al propio tiempo, pasase una comision compuesta de los dos señores nombrados anteriormente á prevenir á Cisneros la misma conferencia, manifestarle el fin de ella, y el ceremonial dispuesto para el caso;—que se convocará igualmente á los tribunales todos y corporaciones, al obispo, cabildo eclesiástico, prelados y gefes de los cuerpos á fin de que presenciasen el juramento que habian de prestar los vocales en manos del alcalde de primer voto, de desempeñar bien y fielmente los cargos que se les conferian; conservar la integridad de aquella parte de América á Fernando VII y sus legítimos sucesores, y guardar puntualmente las leyes del reino.—Todo lo que se verificó al pie de la letra quedando asi instalada la primera junta provisoria.

Los revolucionarios no se dormian entretanto: desde que sufrieron la desesperada resolucion del cabildo y el ningun apoyo, la indiferencia con que habian sido acogidas por sus compañeros las enérgicas palabras de Garcia, empezaron á trabajar con actividad febril para que no se malograsen sus planes, y quedase en manos de Cisneros, por una diestra evolucion parlamentaria, el poder que casi habian conseguido arrebatarse el 23.

Apenas habian salido los vocales de la sala capitular la fermentacion del pueblo empezó á hacerse sentir: se oyeron gritos subversivos; la multitud dividida en grupos derramóse por la ciudad llenando de alarma al vecindario.

Castelli, uno de los vocales y uno de los revolucionarios mas audaces, hizo presente á Cisneros, exagerándole, el peligro que le amenazaba. El ex-virey tuvo

miedo, se amilanó, no comprendió que le engañaban: cerró los ojos para no ver que todavia algunos miles de bayonetas le formaban una muralla impenetrable y que á una palabra suya, nada mas que con mostrar un poco de serenidad y arrojo, se hundirian en el pecho del indefenso pueblo al grito de *¡viva Fernando! ¡viva el virey! ¡muera los anarquistas, revoltosos y traidores!* como sucedió en Quito.—Nada consideró Cisneros; solo pensó en huir dirigiendo al cabildo, en la mañana del siguiente dia, un oficio escrito á las nueve y media de la noche en el que le decia: que siendo él la causa de la agitacion que se habia renovado, procediese á otra eleccion en sujetos que pudiesen merecer la confianza del pueblo, cuya medida era de urgentísima necesidad; que se reuniese, por consiguiente, sin pérdida de tiempo, y se espidiera como correspondiese en la *inteligencia de considerarse con el poder devuelto.*

Miedo y terror pánico, inaudito, revela el oficio del ex-virey, que no tuvo en ese momento decisivo la fortaleza de alma, el pundonor necesario para conjurar la tormenta, manteniéndose firme en su puesto hasta el último instante, como era de su deber, y sacrificando allí hasta la vida si necesario fuese, en pro de la causa que sostenia y de la cual era ó debia ser el mas fuerte campeón.

Toda la noche del 24 al 25 la habian empleado los revolucionarios en tocar cuantos resortes estaban en su mano, en ver á cuantas personas podian influir en la realizacion de su proyecto; en acometer briosamente los obstáculos siempre renacientes que nacia de una situacion tan anormal. Porque á escepcion de unos pocos, nos inclinamos á creer que aun no se sabia á punto fijo, especialmente de los que tenian tropas á su disposicion, quienes conspiraban con lealtad y quienes jugaban con dos barajas, como vulgarmente se dice. Todavía no ha descubierto la historia el velo que encubre la parte de gloria legitima y cierta que corresponde á cada uno de ellos; y si los nombres de Moreno, Castelli, Saavedra, Rodriguez, etc., simbolizan el partido americano, cuyo objeto principal fué desde un principio, emancipar el suelo que los habia visto nacer, no todos tenian las mismas ideas y elevacion de miras, ni todos tuvieron igual parte en el magnifico resultado alcanzado el 25. Tal es nuestra opinion, que aunque en pugna con lo que generalmente se cree, no por eso menoscaba en manera alguna la reputacion de los que hayan sido en efecto buenos y leales patriotas, y los sucesos, su posicion ó corta inteligencia no les hayan permitido hacer en aquellos dias solemnes, cuanto hubieran deseado en obsequio de la patria. Se nos perdonará esta pequeña digresion, si se atiende á que esta es una cuestion no resuelta aun, que ha dado margen en el calor y ceguedad de nuestras discordias civiles á los mas duros ataques, alevos suposiciones, y hasta infames calumnias.... Volvamos á las actas.

Hemos visto la conducta pusilánime del virey retratada en su oficio; la respuesta del cabildo ofrece un contraste tanto mas chocante cuanto parece que él, mas que nadie, debia temer la saña y resentimiento del pueblo, oponiéndose á su voluntad tan espresa y terminantemente manifestada. No contento con decirle á Cisneros que *no puede* desprenderse de la autoridad que él le confiara; añade: *«que teniendo la fuerza armada á su disposicion, está en la estrecha obligacion de sostenerla, tomando las providencias mas activas y vigorosas para contener á los descontentos, y haciéndole en suma responsable de las funestas consecuencias que podria causar cualquiera variacion en lo resuelto.»*

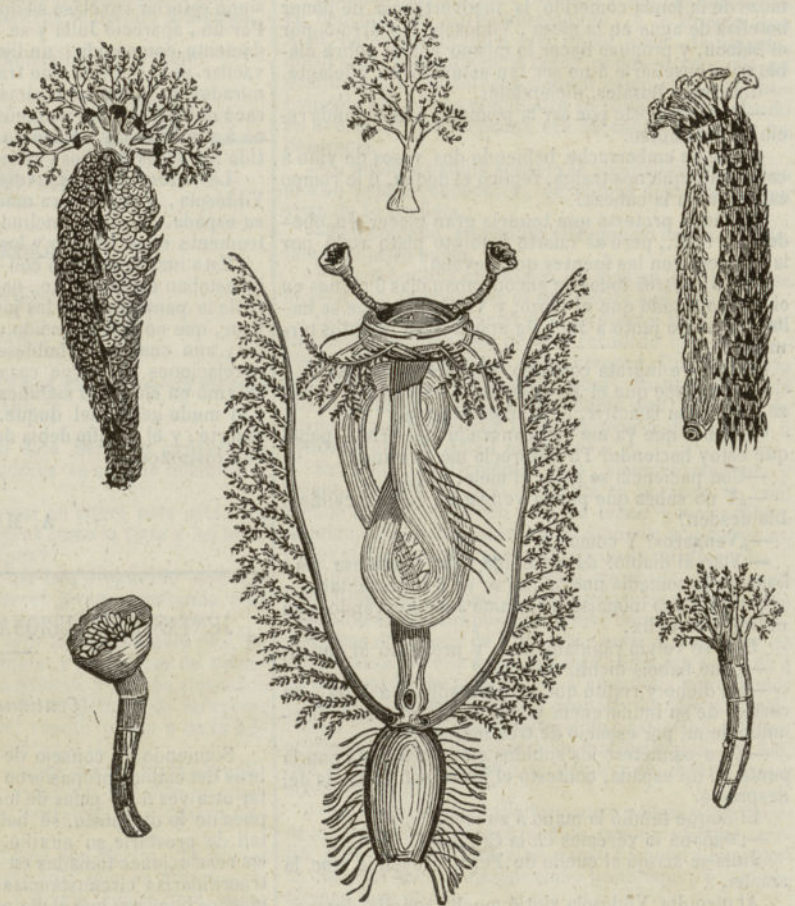
Apenas despachado el pliego, acudió multitud de gente á los corredores de la casa capitular, y algunos individuos, en clase de diputados, previo el competente permiso, se apersonaron en la sala, esponiendo que el pueblo se hallaba disgustado y en conmocion; que de ninguna manera se conformaba con la eleccion de presidente hecha en Cisneros, y mucho menos con que estuviese á su cargo el mando de las armas; que el cabildo en la ereccion de la junta y su instalacion se habia escedido de las facultades que á pluralidad de votos se le confirieron en el congreso general, y que para evitar desastres que eran de temer, visto el estado de fermentacion en que se encontraba el pueblo, era necesario tomar prontas providencias y variar la resolucion comunicada á éste por bando: los cabildantes procuraron serenar aquellos ánimos acalorados, como los llama el acta, y les suplicaron aquietasen la gente que ocupaba los corredores, en la inteligencia que si ellos habian obrado mal, era por creer que estaban facultados para hacer lo que les pareciese mas oportuno y conveniente; que, sin embargo, y á pesar de todo, meditarian sobre el asunto con la reflexion y madurez que exigia, y que estuviese cierto el pueblo que á su representante no le animaban otras miras que las del mejor bien y felicidad de aquellas provincias. Con lo que se despidieron los precitados individuos, suplicando que no se perdieran momentos, pues de lo contrario podrian resultar desgracias demasiado sensibles y de nota para el pueblo de Buenos Aires.

Con estos datos volvieron los cabildantes á tratar de la materia, y despues de varias reflexiones convinieron en que cualquiera innovacion, en orden á lo resuelto el dia anterior, produciria males de la mayor entidad, pues que los pueblos del vireinato, y aun los del continente, entrarian en desconfianzas al observar una tan repentina variacion; y al ver que al gefe de aquellas provincias no se le dejaba la menor autoridad, seria consiguiente la division y *este el primer es-*

HISTORIA NATURAL.—BOTÁNICA.



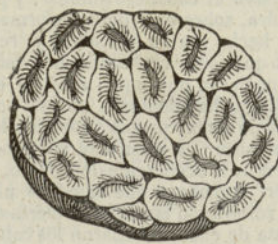
Planta conocida con el nombre de mahwah.



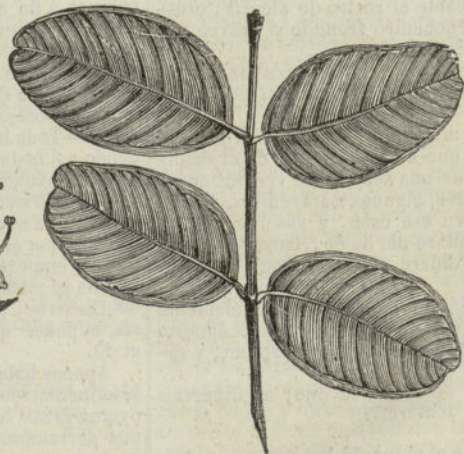
El nardo.



Zoófitos.—Los holoturios.



Pólipos.



El algarrobo.



Rama del algodónero.



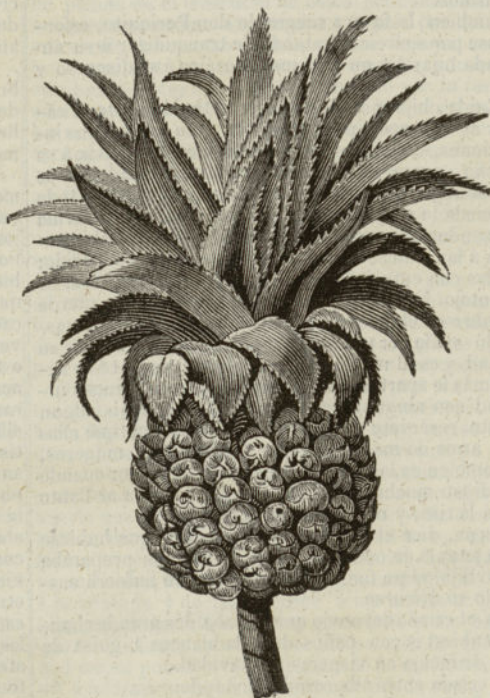
El gin seng.



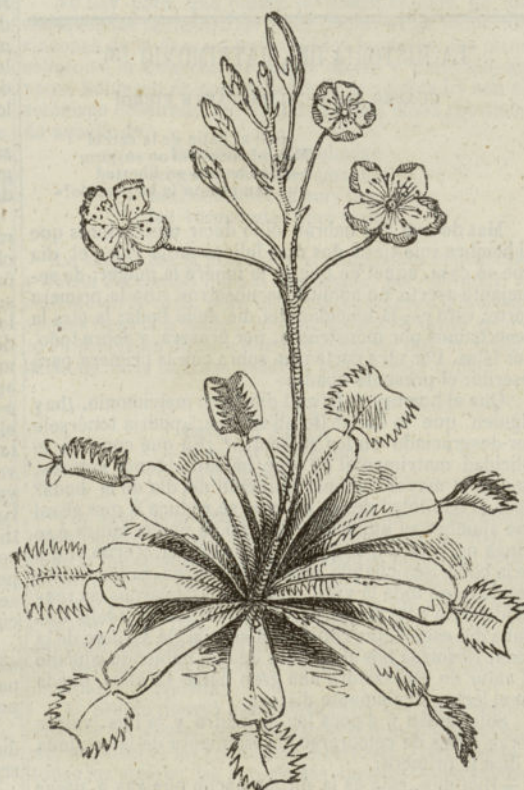
La mandrágora.



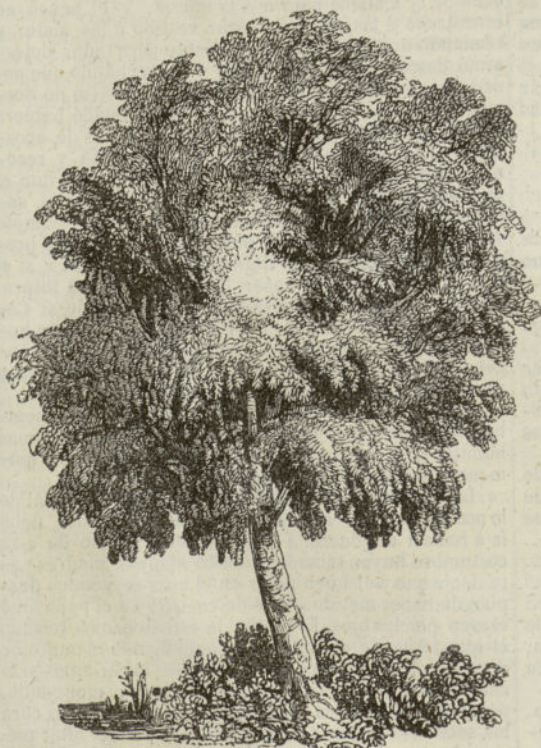
Olivo de Europa.



Ananas.



La dionea.



El abedul.



Canirames.

labon de nuestra cadena (1), que la insistencia de una parte descontenta del pueblo no debia esponer á todos á consecuencias de tanto bulto, y era necesario contenerlo por medio de la fuerza; pero que, estando esta á cargo de los comandantes de los cuerpos, era tambien preciso explorar nuevamente su ánimo, no obstante que en el dia anterior se comprometieron á sostener la resolusion y la autoridad de donde dimanaba. En cuya virtud acordaron citar á todos en el acto para que inmediatamente compareciesen en la sala capitular.

Presentes los gefes, (2) el sindico don Julian de Leiva les hizo entender el conflicto en que se encontraba el cabildo y recordándoles su anterior compromiso, les pidió que le dijese francamente si se sentian dispuestos ó no á sostenerlo. A escepcion de Orduña, Lecog y Quintana, que permanecieron en silencio, los demas contestaron que el disgusto era general en el pueblo y las tropas por la eleccion de Cisneros para presidente de la junta, y algunos que habian trabajado incesantemente aquella noche para contenerlas: que no solo no podian sostener al gobierno establecido, pero ni aun á sí mismos, pues los tenian por sospechosos... que el pueblo y las tropas estaban en una terrible fermentacion y era preciso atajar este mal con tiempo, contrayendo á él solo por entonces los primeros cuidados sin detenerse en los demas que se temian y recelaban.

(Se continuará.)

LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (3).

CUADRO VIII.—¿EL INSTANTE FIERO!

«Sali al patio de la cárcel
Miré al cielo y di un suspiro;
—¿Dónde está mi libertad
que tan pronto la he perdido?»

Mas de una vez habrán oido decir mis lectores que el hombre solo tiene dos dias felices en la vida: el dia que se casa, aquel en que se le muere la muger; de semejante aserto no admitimos nosotros sino la primera parte; esto es, la felicidad del dia de la boda; la otra la desechamos por monstruosa, por grosera, y sobre todo, por falsa. Por otra parte nos sobra con la primera para escribir el presente cuadro.

Que el hombre es feliz el dia de su matrimonio, ¿hay alguien que lo dude? De no ser así, ¿podria tenérsele por desgraciado en los restantes? ¿En qué consiste la felicidad matrimonial de que hablan algunos autores, sino en la mayor ó menor duracion del dia de la boda? Toda la habilidad de los esposos se reduce á que el sol que alumbrá su union conyugal no se ponga nunca ó se ponga muy tarde; á que si no puede ser eterno el dia de la boda, sea cuando menos muy largo. Si las ilusiones durasen toda la vida, ¿podrian lastimarnos las realidades? En este punto, preciso es confesarlo, doña Casiana dió excelentes consejos á su hija, la vispera de la boda. Nosotros nos alegramos de que habiendo copiado el autor de este cuadro una gran parte de ellos, pueda oír el lector el siguiente diálogo:

Solas están y á poca luz, la madre y la hija, veinte horas antes de celebrarse el casamiento de la segunda y dice la primera:

—Hija mia, esta es la última noche que vas á pasar conmigo y la última tambien en que libré de cuidados podrás dormir tranquila el sueño de la inocencia; mañana habrás contraido una porcion de deberes, y ya no pasarás un solo dia de tu vida sin que adquieras una nueva obligacion y nuevos cuidados. Ayer era mio tu corazon; mañana lo será de tu marido.

Doña Casiana habia calculado bien al elegir la hora del crepúsculo vespertino para hablar á su hija, y sin embargo, no pudo impedir que ésta se arrojase á su cuello y ahogada de sollozos la dijese:

—No, madre mia, no, yo viviré siempre para tí y contigo.

—¡Infeliz! exclamó doña Casiana, despues de un largo momento de silencio, prometes lo que no puedes, lo que no debes cumplir en manera alguna.... Me has amado mientras has podido vivir con solo mi cariño; hoy necesitas otro amor que te ampare mientras llega el dia en que puedas devolver á tus hijos las caricias que te prestó tu madre. El amor sucesivo de los padres á los hijos, son los eslabones que sostienen la creacion toda. Diferentes veces me has oido decir que un padre

es para cien hijos, y que un hijo no es para un padre, y con esto no te acusaba de ingratitud para conmigo; tú no podias devolverme la vida que te daba, porque de nada me habria servido; debias guardarla para el padre de tus hijos, y para estos mismos mas tarde... Yo no he envejecido inútilmente... Ayer hubiese muerto con la pena de dejarte sola en el mundo; mañana no me aflijiré tu suerte futura...

—¡Pobre, madre mia! gritó Casilda, y doña Casiana continuó diciendo:

—No te aflijas, hija mia; debes por el contrario dar gracias á Dios porque ha dejado vivir á tu madre, hasta completar tu educacion y asegurarte la subsistencia... comprende bien la importancia de tus nuevos deberes y serás feliz. El matrimonio no es como dicen vulgarmente una arca cerrada de la cual nadie sabe lo que contiene hasta que se abre; para las mugeres, que como tú han elegido un marido honrado, no puede encerrar otra cosa sino la felicidad. Cierto es que hay una parte secreta que puede ser buena ó mala, pero todo consiste en la manera de abrirla: sea tu llave la prudencia y el resultado llenará tus deseos.

Así habló la viuda Casa-Robles á su hija, la vispera de su matrimonio, y al autor de este cuadro le costó gran trabajo decidirse á copiar semejante razonamiento, por temor de que el público le tuviese por apócrifo, pero nosotros le instamos á que no le omitiese, asegurándole que la verdad es creida siempre. Y la verdad en estas materias es: que no hay madre tan desnaturalizada ni tan inmoral, á quien el imprescindible dolor de desprenderse de su hija, no inspire iguales sentimientos. Podrá espresarlos con las lágrimas, con el silencio ó con palabras mas vulgares que las que usó doña Casiana, pero los deseos de una madre son siempre los mismos.

Tambien la futura suegra de don Periquito, esforzándose por sonreír y tratando de tranquilizar á su angustiada hija, dió un giro mas prosaico á su discurso y dijo:

—Cuida, hija mia, de estudiar detenidamente el carácter de tu esposo, para amoldar á él tu gusto y tus inclinaciones, sin que por esto creas que vas á vivir á su capricho, y que no ha de haber mas voluntad que la suya. Muchas veces habrás oido decir que el que todo lo concede lo niega todo; pues bien, sea esa la norma de tu conducta, y serás feliz; jamás te opongas abiertamente á las indicaciones ni á las órdenes de tu marido; acógelas con entusiasmo y serás dueña de modificarlas á tu antojo. No olvides nunca que lo último que pierde el hombre es el amor propio, y que pocas veces le gusta verlo ajado por una muger. Anticipate á adivinar su voluntad y es el medio seguro de hacer siempre la tuya. Jamás le apartes de sus amigos, pero no tengas intimidad con ninguno de ellos. Cuando tengais algun disgusto, resérvate el acudir á las lágrimas porque ellas son el arma de mas efecto que tenemos las mugeres, pero tambien es la que mas se gasta con el uso; cuando se prodigan mucho, el hombre se acostumbra al llanto como á la risa, y no se consigue nada...

Eterna, dice el autor de este cuadro que hubiese sido la letania de consejos que doña Casiana preparaba para su hija, si un fuerte campanillazo no hubiera suspendido su discurso.

Era el criado del novio que llevaba dos grandes bandejas cubiertas con paños de seda blancos á guisa de regalo de monja en visperas de Navidad.

La criada entró alborozada, gritando:

—Señorita, señorita, el regalo del novio.

—Que pasen adelante, repuso la madre sonriendo.

—No viene mas que uno, dijo la criada.

—Pues bien, que entre, replicó la madre, y tú, añadió dirigiéndose á la niña, dale aquello.

Aquello eran tres napoleones de plata que Casiana entregó al criado del novio antes de que soltara las bandejas sobre el sofá.

La criada quiso al satisfacer su curiosidad probar que sabia su obligacion, y ya se disponia á vaciar las bandejas cuando su ama la dijo:

—¿Qué vas á hacer?

—A desocupar las bandejas.

—¿Para qué?

—Para darselas á este mozo, contestó la criada.

Y doña Casiana esforzándose por sonreír la replicó:

—Deje vd. eso conforme está y no se meta donde no la llaman.

Pero apenas se hubo retirado el camarero del novio, se apresuró ella misma á descubrir los regalos, y dijo á la criada:

—Son vds. capaces de avergonzar y de hacer quedar mal al mismo Meternich, que es el rey de la etiqueta y de la diplomacia. ¿Dónde has visto tú que se devuelvan las bandejas de unas vistas? porque esto que has llamado regalo del novio no son sino las vistas.

—Con que es decir, repuso la criada, entregando sus ojos á un magnifico pañuelo de Manila, color de rosa que venia en una de las bandejas... es decir, que esto no es para la señorita, sino que viene á vistas!... pues, como vamos las criadas cuando buscamos amo... á vistas.

Doña Casiana y su hija se rieron de la simplicidad de la maritornes, pero preocupadas con las prendas de vestir que tenian delante de sí, no contestaron nada, y doña Casiana fué la que despues de un momento de silencio dijo arrugando el entrecejo:

—Ni falta ni sobra... el traje negro para la iglesia, el vestido de moaré para la calle, el aderezo, el abanico y el pañuelo.

—Hay tres abanicos, mamá, exclamó la niña.

—Si, ya lo he visto, repuso la madre, pero todos podian darse por uno bueno.

—Este vestido de calle es algo chillou, replicó la hija.

—Eso es lo de menos, dijo la madre, si no te gusta, cuando esteis casados le dices á tu marido que te lleve á la tienda donde lo compró y le cambias por otro.

—¡Ay!... no, ¡qué vergüenza!... éste es de su gusto... y...

—No seas boba, ¡qué entiende él de vestidos de señora! lo ha mandado por cumplir.

—Yo le hubiese querido de terciopelo, repuso Casilda, creo que todas las novias llevan un vestido de terciopelo... eso es de rigor.

—Ahorra lo será, hija mia, que en mis tiempos no habia semejante cosa, y ya ves tú que la posicion de tu marido no es para ese lujo.

—Menos tenia el novio de la Elisa, y la regaló uno de terciopelo azul.

—Bien, eso ya lo arreglarás tú mas adelante, lo que si podia haber sido un poco mas decente es el aderezo... ¡pues no digo nada el pañuelo! de veinte duros todo lo mas.

—¡De veinte duros! exclamó con aire de incredulidad la niña.

—A veinticinco no ha llegado, replicó la madre.

Y acto continuo se volvió á la criada y mandándola que se vistiera con la mejor ropa que tuviese, la entregó una bandeja cubierta con un pañuelo de seda, debajo del cual, habia una camisa de hombre bordada, con un alfiler de topacio prendido en la pechera, y un corte de chaleco de terciopelo blanco cortado.

Escusado nos parece decir á quien iba destinado ese regalo, ni quien habia bordado la camisa, ni si la criada contaba de antemano con la propina de tres duros que la dieron. Regañándola su ama cuatro dias antes la habia dicho:

—Desagradecida, sabe vd. que aunque tengo una sobrina pobre á quien vendrian muy bien los tres duros de la propina del novio, la he ofrecido á vd. que irá á llevar el regalo, y sin embargo, está vd. haciendo méritos para que la ponga en la calle!

Perico no desairó á su suegra, porque afortunadamente la de otro amigo suyo le habia impuesto de todo el ceremonial; y asimismo le dió algunos consejos para amueblar la casa; siendo esta clase de auxilio la que le brindaron muchas gentes sin que hubiese nadie que le ofreciera pecunia. Y esta señora que, como saben los lectores, es la madre de todo, pocas veces es tan precisa como en visperas de boda; verdad es que luego pasa á ser indispensable, pero esto consiste en que una vez hallado el filon, nunca se acaba el mineral. Nuestro héroe (y ahora con mas razon que nunca podemos llamarle así) abrió su bolsillo para pagar la legalizacion de la partida de bautismo que recibió por el correo, y le cerrará cuando su muger le haga la merced de declararle viudo si no le deja familia, ó cuando vaya á gozar de Dios en la vida eterna. De poca menos duracion es la que abraza, y si el cree que el matrimonio es un estado como el celibato ó la viudez, se engaña; el matrimonio es un oficio que no deja tiempo para ninguna otra ocupacion ni trabajo. Si no fueran tantos los casados, no seria extraño que algun dia les concediesen las cortes una pension vitalicia para que pudiesen atender con desahogo á sus deberes. Pero ocasiones tendrá de sobra el que examine esta galeria para ver la razon con que hablamos: sigamos el cuadro presente.

Pocos reos de muerte han estado mas despiertos en la capilla de lo que lo estuvo nuestro novio la noche antes de su casamiento. Estaba señalada la hora de las ocho de la mañana para ir á la iglesia, y él pensó en levantarse á las seis para estar vestido á las siete; y temiendo no tener tiempo suficiente para todo, determinó despertarse á las cinco; y sospechando que podria pasarse la hora de la madrugada, resolvió no dormir; y aunque nada hubiese pensado, ni nada hubiera resuelto le habria sucedido lo mismo. Antes de acostarse creyó que debia examinar toda la casa y reconocer los muebles, por si faltaba alguno mas que el que le habia de entregar su suegra por mano del sacerdote; y despues de acostado, no sin dejar prevenido su traje de boda, se dió á pensar en si lo habria preparado todo para recibir dignamente á Casilda, y si él seria á propósito para hacer la felicidad de su futura; sin que le ocurriera ni remotamente la idea de si Casilda serviria para hacerle feliz. ¡Oh! ¡esto último hubiese sido un sacrilegio!... Casilda era para él un ángel digno de una gran suerte, y de que se sacrificase por ella otro hombre que valiese mas que él.

Indudablemente la ocasion de comprar á un hombre es la vispera de su matrimonio; nunca se cree mas humilde ni se justiprecia mas barato que en esos momentos; pero sigamos el cuadro.

La ceremonia se celebra en la iglesia parroquial de la novia, y esto es natural porque el comprador debe ir á buscar el género á los almacenes; acaso de esta costumbre hayan tomado pretesto algunas madres para decir que «el buen paño en el arca se vende» despues de haber metido á mas de cuatro, no el paño sino el asunto desde el átrio del templo fijando el punto de vista en el altar mayor, y en esto, se lo diriamos si le conociesemos personalmente, ha sido un menguado, porque ha omitido la parte principal. Cuando el cura los saca cogidos por la mano hasta el pie del altar para echarles el yugo, y decirles la masa de velacion, ya está hecho el milagro; aquellas dos voluntades han

(1) En las actas redactadas por un acérrimo realista, hay arias expresiones puestas evidentemente en un sentido doble, esta es una de ellas. Acaso sea torpeza nuestra, pero no hemos podido distinguir si la frase *primer eslabon de nuestra cadena* se refiere á los españoles con respecto á los americanos, ó de unos y otros respecto á los extranjeros. Hemos preferido la segunda version aunque violenta, no obstante que en el periodo siguiente, que casi literalmente ponemos á continuacion en el texto, se espresa la idea de tratar á los disidentes como un puñado de rebeldes y facciosos. (Véase la p. 41 de las actas.)

(2) Comparecieron puntualmente á la hora señalada los señores don Francisco Orduña, comandante de artilleria; don Bernardo Lecog, de ingenieros; don José Ignacio de la Quintana, de dragones; don Esteban Romero, segundo de patricios; don Pedro Andrés Garcia, de montañeses; don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, de arribeños; don Juan Florencio Terrada, de granaderos de Fernando VII; don Manuel Ruiz, de naturales; don Gerardo Estebe y Llac, de artilleros de la Union; don José Morelo, de andaluces; don Martín Rodriguez, de húsares del rey; don Lucas Vivas, del segundo escuadron de húsares; don Pedro Ramon Nuñez, del tercero; don Alejandro Castex, de miqueletes; y don Antonio Luciano Ballesteros, de quinteros. (Actas, p. 42.)

(3) Véanse los números 102, 103, 104, 105, 106, 107 y 109.

dado palabra de reducirse á una; se ha ruborizado la niña con la ruborizante epistola de San Pablo; le han dicho al marido, que le daban compañera y no sierva y que la amase como Cristo amó á su iglesia. Finalmente se han dado el anillo y las arras en señal de matrimonio. Pero seguramente el pintor ha creído que esa parte del cuadro no ofrecía novedad ninguna para nadie, y se ha contentado con ponerlos uncidos al pie del altar, para hacer una cruz en el lienzo y decir:

R. I. P.

Aquí reposan dos voluntades que andarán siempre dándose coscorrones para refundirse en una.

Mariquilla tiene un perro
dice que lo ha de matar;
del pellejo hará un pandero....
lo que fuere sonará.

Por hoy y en este cuadro, no suena otra cosa sino dos coches simones que aguardaban á la puerta de la iglesia, y que atacados de plétora, ruedan por las calles hasta parar en casa de doña Casiana. Allí no ha llevado su lienzo el pintor, por no encontrar colores con que copiar las chanzas de mal gusto con que obsequiaron todos los convidados á la infortunada pareja. Por igual motivo no les siguió á la fonda, ni al baile, y guardó sus trebejos hasta la madrugada del día despues de la boda; para cuyo cuadro no necesitó otros colores que el blanco y el carmin; con ellos hizo un rosa delicioso, capaz de animar á ser maridos á todos los solteros del mundo. Allá va el cuadro.

CUADRO IX.—LA LUNA DE MIEL.

«En bodas y tornabodas
Se gastaron tres semanas;
«Las bodas... fueron muy buenas,
«Las tornabodas... ¡muy malas!»
(Lamentaciones de un marido.)

Son las diez de la mañana de un día de invierno... Excelente hora para despertarse y llamar al criado, pedirle un vaso de leche, y preguntarle si está despedido ó lloviendo, y en ambos casos volverse á dormir hasta las dos de la tarde, para vestirse á las tres y salir á la calle á las cuatro. Gran vida la del soltero propietario á quien no saca de la cama, ni la hora de ir al trabajo, ni la de despertar al ama de cría, ni la de cuidar que el niño mayor vaya al colegio con la cara limpia y las uñas cortadas; ni aun el impertinente rumor que trae consigo la luz de las madrugadas; esa luz que solo alumbraba la venta de las verduras, la limpieza de las calles, y el primer hervor de las cocinas. Mil veces dichoso el que despues de haber corrido dos ó tres teatros y otros tantos cafés, sin hallar placer en ninguna parte, se ha aburrido mas tarde en una tertulia, y á la madrugada le pesa todos los días de haber cenado en el casino, y va á su casa á las cinco á prometer á su almohada un engañoso arrepentimiento. Para ese hombre no dió Dios aromas al campo, ni rocío á las flores, ni canto al gilguero, ni auras á la mañana, ni albos al astro del día, ni nada, en fin, de lo que constituye la vida de la naturaleza. El no ve la virginal blancura de la nieve sino hollada por la tosca planta del labriego y fundida por los rayos del sol; ni admira el talento fabril con que el astro del día, temiendo quebrar el fanal en que se encierra el mundo, le va aplicando poco á poco el fuego hasta darle la temperatura roja; cuando el soltero abre los ojos, ya está la hornilla perpendicular á la tierra, y el fanal arde por completo. Para tener el gusto de tiritar desde muy temprano en invierno, y gozar mayor número de horas el tormento del verano, se necesita hacer precisamente todo lo contrario de lo que hace el hombre de que estamos hablando.

El soltero rico por lo que heredó de sus padres (y esto va siendo cada día mas raro), ó por lo que gana al juego (y esto es mas frecuente cada día), no se cree seguro de no madrugar con solo acostarse tarde, sino que cierra á piedra y lodo, como suele decirse, los balcones de su aposento, para evitar que el sol tenga la imprudencia de visitarle antes de las dos ó las tres de la tarde.

El casado, verdaderamente casado, no el esposo rico, ni el consorte calavera, porque esos ya hemos dicho que no son maridos, el casado propiamente casero es el que se revuelve en la cama al oír el canto del gallo, y busca los calcetines apenas llega á sus ojos la primera sospecha de la luz del nuevo día. A este desventurado mortal es á quien saluda el gorrion desde el tejado, y á quien brinda la tierra su blanquísima alfombra de nieve pura; para él sacude sus plumeros el espiego, sus ramas el tomillo, y sus tallos el romero; por él vomitan humo las chimeneas de los hogares, y ladra el perro y se espereza el gato; por él, en fin, vociean las verduleras, y para él solo es el polvo que invade las calles. Pero no es injusta la naturaleza al dejarle á ese hombre el monopolio de los encantos de la madrugada; tomanan todas las precauciones que él toma, y el alba tendría el gusto de poner su faeton al alcance de todas las fortunas.

El casado no se considera seguro de madrugar con solo acostarse tres horas despues de anocheado, sino que deja abierto un postigo en la ventana, y á mayor abundamiento, mañoso como todos los de su especie, abre un agujero en las puertas vidrieras de la alcoba

para que el primer rayo de luz le bata la catarata del sueño. Con semejantes disposiciones, el alba sufre un espionaje terrible, y á no salir de trapillo cubierta con un velo de nubes, el casado la sorprende apenas pone el pie en el espacio. Entonces es deber suyo abandonar la cama matrimonial, sin hacer ruido por no despertar á la esposa, que tal vez cuida de no despertarse; vestirse y asomarse súbito al balcon para ver el estado atmosférico, y calcular las variaciones que sufrirá la temperatura en el resto del día. Este trabajo, del que ni siquiera tiene noticia el soltero, que solo ha visto el alba en las decoraciones del teatro, es de mucha importancia y en extremo indispensable. Le sirve para saber: si ha de limpiar el sombrero viejo ó el nuevo; si ha de preparar los chancos ó los zapatos rusos; si ha de sacar capa, ó levita y paraguas; y en suma, si podrá salir á paseo con su esposa; en cuyo caso debe combinar sus trabajos y repartir el tiempo desde la madrugada.

Hechas estas informaciones metereológicas, sin detrimento de su cráneo, gracias al gorro de dormir que aun conserva puesto, se dirige á la alcoba de la criada; toca con los nudillos, pudorosamente vuelto de espalda en la puerta, y no la dice secamente que se levante y se vista, sino que *se vaya vistiendo, que ya va siendo hora*; esta frase es de rigor. Asimismo es de rigor que la criada responda tres veces, en el espacio de hora y media, que *ya se va vistiendo*; y últimamente, que encienda lumbre, si el amo no ha tenido la humorada de anticipar esa faena; y disponga el chocolate, si asimismo el amo no tuviere el gusto de hacerle en una lamparilla económica por dar á su esposa la sorpresa de servírselo en la cama.

Pero vive Dios, lector, que de cuantos perdones te he pedido en el trascurso de estos artículos, ninguno necesito tanto como el que ahora te pido por haberme extraviado del asunto de este cuadro de una manera tan escandalosa, y tan agena del epigrafe con que he encabezado estas líneas. ¿Qué tiene que ver la luna de miel, con la de hiel, ni con la mezcla de ambas que habia empezado á pintarte? ¿Hay razon para que este pincel con que dibujo estos cuadros, emborrache los colores de ese modo, y todo lo confunda en un mismo lienzo? ¿Es por ventura, ni justo, ni humanitario, que el casado de ogaño vea el esqueleto del de antaño, ni que así sin mas ni mas se le haga leer á un hombre en el libro de su porvenir?

¿Pues qué no hay un paño cualquiera para cubrir el cuerpo de un reo, mientras el otro va al suplicio? Repítote, lector, que necesito toda tu indulgencia para el disparate que me ha hecho cometer la pluma. Y suponiendo que tú no me la niegas, allá va el cuadro.

Decia... ya casi no me acuerdo... ¡Ah! si... decia que eran los diez de una mañana de invierno. Pues bien, figúrate que, como se trata de unos recién casados, el marido no habia tenido la precaucion de dejar abierto el postigo de la ventana, y así sabian ellos que eran las diez como las cuatro; mejor acaso se les antojaria que era esta última hora, porque se habian acostado tarde y rendidos del baile de la boda, naturalmente el sueño debía ser muy profundo. Los vecinos no se hacian esta reflexion, y no cesaban de mirar á la ventana y de reir porque á los novios se les habian pegado las sábanas; los parientes y los amigos, que no hubiesen aportado por allí en caso de enfermedad ó cosa por el estilo, habian sido puntuales en acudir á informarse de cómo habian pasado la noche; como si no supieran de antemano la respuesta! Pero la puerta de la casa estaba tan Perezosa como la ventana, y aun no se habia levantado ni se levantó por mas gritos que la dió la campanilla. La criada no habia estado de baile como sus amos, pero madrugó, y llena de fervor se fué á buscar la compra y encontró al novio; no conocia el genio de su nueva señorita, ni esta la habia dicho que no encontrase al novio ni tardase en volver, y creyó que sin faltar á su obligacion podia hacer ambas cosas.

En suma, eran las once cuando llegó á hacer el desayuno y con ella entraron en la casa, la suegra, los cuñados, los primos y algunos amigos de los desposados. Tomaron posesion de la sala como de pais conquistado, y abriendo los balcones vertieron sobre el lecho matrimonial un gran torrente de luz, seguido de una porcion de reconversiones alegres, pero picantes y de un género tan chavacano, que al marido le vinieron ganas de cerrar con todos, y de hacer uso de lo que seguramente no le pertenecia ya: del fuero de hombre. Las gentes que allí estaban eran la madre y los hermanos de su muger, y así de buenas á primeras no era politico reñir con los parientes idem. Su esposa no habia llevado á malentonces aquel alarde de autoridad, siquiera por ahorrarse la vergüenza de salir desde la alcoba á la presencia de tanta gente; pero se hubo de resignar á hacerlo, vengándose en regañar á su marido. Parece broma pero es lo cierto, que aprovechó esta primera ocasion de enfadarse, diciéndole:

—Si nos hubiéramos ido, como yo queria, á pasar unos días al campo no nos sucederia esto.... te empeñastes en que no!...

—Hija mia, respondió con dulzura el marido, ¿quieres que no vayamos?

—¡A buena hora!... exclamó la novia sin dejar de gruñir.

—Pues hija, lo siento, pero yo no crei....

—¿Y á dónde quieres que vayamos?

—A donde tú quieras.

—A una quinta... todos los recién casados van á una quinta, dijo con alguna dulzura la esposa.

—El caso es, repuso el marido, que yo no tengo quintas.

—Ya, pero se alquila.

—Es verdad.... se alquila.... ¿quieres que nos vayamos á Carabanchel?

—¡Está tan cerca de Madrid!...

—¿A Sevilla?

—¡Está tan lejos!

—¿A Toledo?

—¡Dicen que es tan triste!

—Pues adonde tú quieras, repuso el esposo siempre con cariño.

Y mientras así hablaban los recién casados, seguian las chanzas y la gresca, fraguándose cien planes diabólicos contra la inviolabilidad nupcial de los desposados. Planes que hubiesen pasado á vias de hecho sin la intervencion piadosa de la suegra que propuso el aplazamiento de toda intencion, hasta media hora despues de que ella les hubiese intimado la rendicion. Otorgóse el plazo aun por los que tenian el proyecto de atar una cuerda á los pies de la cama para producir un terremoto, y ya se disponian á dar el golpe, cuando... ¡Oh, sorpresa!... La madre de la novia, abrió las puertas vidrieras despues de haber dado tres veces el ¿quién vive? y allí no vivia nadie; los novios habian ganado la escalera por la puerta de escape y refugiados provisionalmente en un café, á bordo de un coche de colleras, dirigieron su rumbo hácia el vecino pueblo de Villaviciosa de Odon.

No hay para que pintar la desesperacion de los chasqueados curiosos; los unos recorrieron todos los rincones de la casa en busca de los fugitivos; los otros salieron á la calle con el propio objeto y todo fué en vano; hubieron de convencerse de la realidad y con el estómago desairado se volvieron á sus casas repitiendo aquello de.

En bodas y tornabodas
se gastaron tres semanas;
las bodas fueron muy buenas,
las tornabodas muy malas.

La suegra fué la única que vió impasible lo ocurrido y dueña del campo fijó allí sus reales, por atender al cuidado de la casa, pero decidida á volverse á la suya, apenas llegase á Madrid el matrimonio. Y tanto esforzó su propósito de no vivir allí siempre, que la criada harta de oír la cantaba desde la cocina esta copla:

A casa de mi novia
llevé un amigo;
el se quedó por amo
yo despedido.

Por si el yerno tenia algun papel de importancia que exigiese salvarlo en caso de incendio ó robo, se tomó la improba tarea de leer cuantos habia en la casa, practicando igual examen con los demas efectos, incluso los chismes de la cocina; en los cuales halló grandes faltas, que generosamente remedió llevando allí gran porcion de los de su casa... ¡sin acordarse de que habria de necesitarlos cuando llevase á cabo su invariable propósito!

Al propio tiempo que despachaba los negocios del interior de la casa, no desatendió el ministerio de Estado, y conservó las relaciones exteriores, circulando á todos los amigos las consabidas tarjetas litografiadas, en las que, despues de anunciar el enlace de su hija con don fulano de tal, no se olvidó de añadir que *esperaba mereciese su aprobacion*, ni aquello de que *los novios vivian en la calle de...* Y esto último es muy original, tratándose de una papeleta destinada á decir que los novios han dejado de serlo. Pero es una costumbre, y las costumbres son leyes; obedezcamos nosotros ahora la que nos impone el presente cuadro, y apaguemos el cardil de la murmuracion mientras alumbraba la luna de miel.

Este manjar se ha inventado para todos los casados pobres y ricos; pero los pobres apenas le gozan desde que han creído que el colmenar ha de estar precisamente lejos del sitio en que se celebra el matrimonio. Los ricos que tienen sus casas de campo á donde aislarse con su amor del bullicio de la corte, gozan fuera de la villa todas las dulzuras de la luna de miel; pero los pobres, y peor aun las gentes de la clase media que dejan las comodidades de su casa por alquilar el mal estar de casa de un labriego, creyendo que solo allí se encuentra la luna de miel, esos se engañan miserablemente. No se persuaden de que la miel está en sus corazones, y de que tan dulce destila libando rosas como mordiéndolo zarzas. La luna del amor dura mas ó menos segun que sea mas ó menos grande la hogaza de pan con que la alimentan los amantes; pero es tan sabrosa y tan dulce con pan de flor como con pan de municion. Para los recién casados no hay mañana, y gozan del presente como de un bien eterno repitiéndose mutuamente y sin cesar:—Contigo pan y cebolla.

Nosotros les dejamos saborear á su placer el pan de la boda, y soltando el pincel, les decimos por conclusion:

Sed con cebolla felices,
que ya el diablo tentador,
pedirá amor y perdices,
y luego... perdiz y amor
y luego... solo perdices.

(Se continuara.)

ANTONIO FLORES.

BIBLIOTECA

POPULAR.



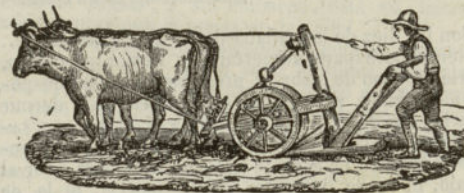
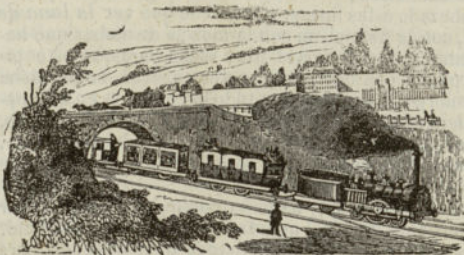
ENCICLOPEDIA

MODERNA:

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

SE HA REPARTIDO EL TOMO NOVENO.



COLABORADORES.

- D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
- D. Eugenio de Ochoa.
- D. Manuel Breton de los Herreros.
- D. Ventura de la Vega.
- D. Tomás Rodríguez Rubí
- D. Jorge Lasso de la Vega.
- D. Ramon Mesonero Romanos.
- D. Pedro Madrazo.
- D. José María Antequera.
- D. Francisco Pareja de Alarcón.
- El Conde de Fabraquer.
- D. Casilio Sebastián Castellanos.
- D. Alfredo Adolfo Camus.
- D. Francisco Fernández Villabril.
- D. José Amador de los Ríos.
- D. José Joaquín d. Mora.

LAMINAS.

El Atlas de esta obra consta de 360 láminas grabadas en acero y divididas en 25 entregas a 6 reales cada entrega, lo mismo en Madrid que en provincia.

Se ha repartido la entrega novena.



COLABORADORES.

- D. M. Lafuente (*Fr Gerundio*).
- D. Pedro Felipe Monlau.
- D. Augusto de Burgos.
- D. Joaquín Pérez Comoto.
- D. Ubaldo Pasaron y Lastra.
- D. Robustiano Pérez de Santiago.
- D. Rafael María Baralt.
- D. Facundo Goñy.
- D. Alejandro Magariños Cervantes.
- D. Antonio Flores.
- D. Antonio Ferrer del Río.
- D. Antonio Pirala.
- D. Emilio Bravo.
- D. Joaquín Espin y Guillen.
- D. Gabino Tejado.
- D. Francisco Sepúlveda.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

LA ENCICLOPEDIA, constará de 25 tomos en cuarto mayor, de mil cien columnas cada uno, edicion esmerada en buen papel y caracteres nuevos. El precio de suscripcion es, á dos cuartos pliego, como obra perteneciente á la *Biblioteca Popular*, 16 reales tomo en Madrid y 20 en provincia. Se reparte un tomo cada mes. Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe, núm. 25, y en provincia, ultramar y el extranjero, en casa de los correspondientes de Mellado. En los mismos puntos, se dan gratis los prospectos.

